

## CAPITULO II

### INFERENCIAS DE LOS HECHOS

<sup>1</sup> La general aceptación de la teoría de Malthus y la gran autoridad de que goza me ha movido a revisar sus fundamentos y las causas que han contribuido a darle influencia tan preponderante en la discusión de los problemas sociales.

<sup>2</sup> Pero si analizamos la teoría misma directamente, creo que se hallará tan insostenible como la teoría corriente sobre los salarios.

<sup>3</sup> En primer lugar, los hechos aducidos en su apoyo no la comprueban, y las analogías no la favorecen.

<sup>4</sup> Y, en segundo lugar, hay hechos que prueban rotundamente su falsedad.

<sup>5</sup> Voy al fondo de la cuestión afirmando que no hay motivo alguno experimental ni de analogía para suponer la menor tendencia en la población a aumentar más rápidamente que la subsistencia. Los hechos citados para probarlo demuestran tan sólo que donde, ya por la escasez de población, como en los países nuevos, ya por la desigual distribución de la riqueza, como entre las clases más pobres de los países antiguos, la vida humana es absorbida por las necesidades físicas de la existencia, la tendencia a la reproducción es tal que, si continuara sin freno, con el tiempo podría exceder a la subsistencia. Pero de esto no se deduce legítimamente que la tendencia a reproducirse se manifestará de igual modo donde la población sea suficiente-

mente densa y la riqueza esté distribuida con bastante igualdad para elevar a todo un pueblo por cima de la necesidad de emplear su energía en la lucha por la mera existencia. Y no se puede afirmar que la tendencia a la reproducción, originando la pobreza, impediría la existencia de tal pueblo; porque esto equivaldría a caer en un círculo vicioso, tomando la conclusión como punto de partida. Y aun admitiendo que la tendencia a multiplicarse haya de producir, en definitiva, la pobreza, por sólo esto no puede decirse de antemano que la pobreza que hoy existe es debida a esa causa, hasta demostrar que no hay otras causas que puedan explicarla; cosa manifiestamente imposible en el presente estado de gobierno, leyes y costumbres.

6 Esto se manifiesta copiosamente en el propio *Ensayo sobre la población*. Este famoso libro, del cual se habla mucho más que se lee, es aún muy digno de leerse, siquiera como una curiosidad literaria. El contraste entre el mérito del libro y el efecto que ha producido, o que, al menos, se le atribuye (pues si bien Sir James Stewart, Mr. Townsend y otros comparten con Malthus la gloria de haber descubierto el "principio de la población", al publicarse el *Ensayo sobre la población* fue cuando principalmente se dio a conocer), es, en mi sentir, uno de los hechos más notables en la historia de la literatura; y es fácil comprender por qué Godwin, cuya *Justicia política* provocó el *Ensayo sobre la población*, desdeñó replicarle hasta su vejez. Empieza afirmando que la población tiende a aumentar según una progresión geométrica, mientras que la subsistencia puede apenas crecer según una progresión aritmética —afirmación tan exactamente admisible, y no más, que si del hecho de doblar la longitud de la cola de un cachorro mientras éste aumenta tantas libras de peso se dedujera una progresión geométrica de la cola y una progresión aritmética en el peso—. Y la consecuencia de semejante suposición sería tal, que Swift, satíricamente, podía haber imaginado que los sabios de alguna isla donde anteriormente no había perros, comparando estas dos progresiones, pudieran haber sacado esta muy "sorpren-

dente conclusión": cuando el perro tuviese un peso de cincuenta libras, su cola tendría más de una milla de longitud, y le sería tan difícil menearla, que recomendaran el freno prudencial de una atadura como la única alternativa del freno positivo de constantes amputaciones. Empezando con tal absurdo, el *Ensayo* contiene un extenso razonamiento sobre la imposición de un derecho a la importación y el pago de una prima a la exportación de grano, idea que ha sido enviada hace tiempo al limbo de los errores más desdeñables. Y lo caracterizan, en sus demostraciones, párrafos que revelan en dicho reverendo señor la más absoluta incapacidad para pensar lógicamente. Dice, por ejemplo, que si los salarios aumentaran desde dieciocho peniques o dos chelines (1) al día, a cinco chelines, el precio de la carne aumentaría necesariamente de ocho o nueve peniques a dos o tres chelines por libra de peso, y, por consiguiente, la condición de las clases trabajadoras no mejoraría, razonamiento al cual no hallo otro tan comparable como el que una vez oí exponer gravemente a cierto impresor: que pues un autor que conoció tenía cuarenta años de edad cuando él tenía veinte, el autor debía de tener ahora ochenta años, puesto que él (el impresor) tenía cuarenta. Esta confusión de ideas no se observa sólo alguna vez, sino que caracteriza toda la obra (2). La parte principal del libro está compuesta por lo que, en realidad, es una refutación de la teoría que el mismo libro expone, porque su reseña de lo que llama

---

(1) 1 chelín = 12 peniques. (*N. del T.*)

(2) Las otras obras de Malthus, aunque escritas cuando ya era famoso, carecen de importancia, y son tratadas con desdén aun por aquellos mismos que encuentran en el *Ensayo* un gran descubrimiento. La Enciclopedia Británica, por ejemplo, aun aceptando plenamente la teoría maltusiana, dice de la Economía política de Malthus: «Está muy mal ordenada, y en manera alguna es una exposición ni práctica ni científica del asunto. En gran parte se dedica al examen de algunas peculiares doctrinas de Ricardo, y a una inquisición sobre la naturaleza y causas del valor. Nada, sin embargo, más insatisfactorio que estas discusiones. Verdaderamente Mr. Malthus jamás tuvo clara ni exacta percepción de las teorías de Ricardo, ni de los principios que determinan el valor en cambio de los diferentes artículos.»

frenos positivos de la población es, sencillamente, la demostración de que los resultados atribuidos por él al exceso de población nacen, en realidad, de otras causas. Entre todos los casos que cita, y que vemos en casi toda la Tierra, en los cuales el vicio y la miseria enfrenan el aumento limitando los matrimonios o abreviando el término de la vida humana, no hay uno sólo en que el vicio y la miseria puedan ser atribuidos a un real aumento del número de bocas sobre el poder de las manos respectivas para alimentarlas, sino que, en todos los casos, el vicio y la miseria nacen de la ignorancia y la rapacidad antisociales, del mal gobierno, de leyes injustas o de guerras destructoras.

Lo que Malthus no demostró, nadie lo ha demostrado después. Se inspeccionará el mundo y se revisará la historia en vano para encontrar algún ejemplo de un país considerable (1) en el cual la pobreza y la necesidad puedan atribuirse con justicia a la presión de una población creciente. Cualesquiera que sean los peligros envueltos en la facultad del hombre para multiplicarse, no han aparecido todavía. Aunque puedan existir alguna vez, jamás ha sido éste el mal que haya afligido al género humano. ¡La población tendiendo siempre a traspasar el límite de la subsistencia! Entonces, ¿por qué nuestro globo, después de tantos miles y, según se cree ahora, millones de años de existencia del hombre sobre la Tierra, se halla todavía tan escasamente poblado? ¿Cómo es, pues, que tantas ciudades, en otro tiempo habitadas, están ahora desiertas, y campos, antiguamente en cultivo, se hallan cubiertos de selva, y las fieras lamen sus cachorros donde en otro tiempo hubo bulliciosas moradas de hombres?

Es un hecho que, cuando nosotros contamos nuestros crecientes

---

(1) Digo un país considerable, porque puede haber islas pequeñas, como las islas Pitcairn, incomunicadas con el resto del mundo, y por consecuencia, sin los cambios necesarios para los métodos de producción utilizados a medida que la población se densifica, que pueden parecer brindar ejemplos apropiados. Basta, sin embargo, un momento de reflexión para mostrar que estos casos excepcionales no vienen al caso.

millones, podemos perder de vista —sin embargo, es un hecho— que en cuanto conocemos de la historia del mundo, la decadencia de la población es tan común como su aumento. Que el conjunto de la población de la Tierra sea ahora mayor que en cualquiera época pasada, es una opinión que pertenece al dominio de las conjeturas. Después que Montesquieu, en la primera mitad del siglo pasado, afirmó (lo que era entonces probablemente la opinión dominante) que la población de la Tierra había declinado mucho desde la era cristiana, la opinión ha seguido el rumbo opuesto. Pero la tendencia de las investigaciones y exploraciones modernas ha sido dar mayor crédito a lo que se consideró relatos exagerados de antiguos historiadores y viajeros, y revelar indicios de poblaciones más densas y de civilizaciones más avanzadas de lo que antes se había sospechado, así como de una mayor antigüedad de la raza humana. Y al basar nuestros cálculos de población en el desarrollo del comercio, el adelanto de la técnica y la magnitud de las ciudades, nos predisponemos a estimar en poco la densidad de población que los cultivos intensivos, característicos de las primeras civilizaciones, son capaces de mantener, especialmente cuando se aplica el riego. Según se puede ver en los distritos completamente cultivados de China y de Europa, una población muy grande y de costumbres sencillas puede existir fácilmente con muy poco comercio y un desarrollo muy pequeño de aquellas artes en las cuales el progreso moderno se ha distinguido más, y sin la tendencia a concentrarse en ciudades que las modernas poblaciones muestran (1).

Sea de esto lo que quiera, el único continente cuya población es ahora, con seguridad, mayor que nunca, es Europa. Pero esto

---

(1) Como puede verse en el mapa de *Razas Indígenas*, de H. H. BANCROFT, el Estado de Vera Cruz no es una de aquellas partes de Méjico notable por sus antigüedades. Sin embargo, Hugo Fink, de Córdoba, escribiendo al Instituto Smithsonian (Reports, 1870), dice que apenas hay un pie en todo el Estado en el que no se encuentre, excavando, un cuchillo de obsidiana roto o un pedazo de cerámica; que todo el país está cruzado

no es exacto en todas partes. Seguramente, Grecia, las islas del Mediterráneo, la Turquía europea, probablemente Italia, y es posible que España, han contenido poblaciones mayores que ahora, y esto debe de ser también verdad en el Noroeste y comarcas del Centro y Oriente de Europa.

10 América también ha aumentado la población desde que la conocemos; pero este aumento no es tan grande como vulgarmente se supone; arrojando algunos cálculos, sólo en el Perú y en la fecha del descubrimiento, una población mayor que la existente ahora en todo el continente sudamericano. Y todo induce a creer que, antes de aquel acontecimiento, la población de América estaba decayendo. Qué grandes naciones habían hecho su carrera, qué imperios se levantaron y cayeron "en este nuevo mundo que es el viejo", sólo podemos conjeturarlo. Pero fragmentos de macizas ruinas atestiguan, sin embargo, una civilización anterior a la inca. En medio de los bosques tropicales del Yucatán y de la América Central hay restos de grandes ciudades, olvidadas antes de la conquista española. Méjico, tal como la encontró Cortés, muestra la superposición de la barbarie a un más alto desarrollo social; mientras, en una gran parte de lo que forma hoy los Estados Unidos hay diseminadas construcciones que prueban la existencia de una población relativamente densa en otro tiempo, y, de vez en cuando, en las minas de cobre del lago Superior se hallan vestigios de artes más adelantadas que las conocidas de los indios con quienes los blancos estuvieron en contacto.

11 En cuanto al Africa, no cabe la menor duda. El Norte de Africa contiene sólo una parte de la población alcanzada en los tiempos antiguos. El Valle del Nilo tuvo un tiempo una población enormemente mayor que la actual, mientras al Sur del Sahara,

---

con líneas paralelas de piedras destinadas a impedir que la tierra sea arrasada en la estación lluviosa, lo cual demuestra que aun la tierra más pobre era utilizada, y que es imposible rechazar la conclusión de que la antigua población era por lo menos tan densa como lo es ahora en los más populosos distritos de Europa.

nada hay que revele aumento dentro de los tiempos históricos, y el tráfico esclavista seguramente originó una extensa despoblación.

12 En cuanto al Asia, que hoy contiene todavía más de la mitad del género humano, a pesar de no ser la densidad de su población más que la mitad de la de Europa, nos ofrece indicaciones de que tanto la India como la China contenían antes más vasta población que ahora; mientras aquel gran criadero de hombres, del cual salieron muchedumbres que inundaron ambos países y enviaron grandes oleadas de gente nómada a Europa, en otro tiempo debió de ser mucho más poblado. Pero el cambio más notable se ha realizado en el Asia Menor, Siria, Babilonia, Persia, esto es, en la vasta región que se sometió a las conquistadoras armas de Alejandro. Donde existían antes grandes ciudades y poblaciones crecientes sólo hay ahora miserables aldeas y estériles desiertos.

13 Es cosa rara que, entre todas las teorías inventadas, no se haya formulado la de una cantidad fija de vida humana en esta tierra. Al menos concordaría mejor con los datos históricos que la de tender constantemente la población a superar la subsistencia. Es claro que la población ha menguado aquí y aumentado allí; sus centros han cambiado; han surgido nuevas naciones y han declinado naciones viejas; regiones poco pobladas se han hecho populosas, y regiones populosas han perdido su población; pero en todo lo que podemos remontarnos, sin entregarnos enteramente a las conjeturas, nada hay que nos revele un incremento continuo, ni siquiera que nos revele con claridad un aumento total de tiempo en tiempo. El avance de los pioneros de los pueblos, hasta donde podemos apreciarlo, no ha sido nunca hacia tierras deshabitadas. Su marcha fue siempre una lucha con algún otro pueblo previamente poseedor; detrás de confusos imperios, más vagas sombras de imperios se perciben. Que la población del mundo ha debido de tener pequeños principios, confiadamente lo inferimos, porque sabemos que hubo una era

geológica en la cual la vida del hombre no era posible, y no concebimos que los hombres brotaran todos de una vez, como de los dientes del dragón sembrados por Cadmus; sin embargo, por entre las extensas perspectivas en que la historia, la tradición y las antigüedades vierten una luz que se pierde en débiles reflejos, pueden percibirse grandes poblaciones. Y durante estos largos períodos, la ley de la población no ha sido bastante poderosa para llenar el mundo por completo, ni siquiera, en lo que alcanzamos a ver con claridad, para aumentar materialmente su población total. La Tierra en conjunto se halla todavía muy escasamente poblada, en comparación con sus capacidades para sustentar la vida humana.

<sup>14</sup> Hay otro hecho claro y general que no puede dejar de impresionar a los que, pensando en este asunto, dirijan sus miradas más allá de la sociedad moderna. El maltusianismo predica como ley universal que la tendencia natural de la población es superar la subsistencia. Si la ley existe, dondequiera que la población haya alcanzado cierta densidad, debe hacerse tan patente como cualquiera de las grandes leyes que han sido reconocidas en todas partes. ¿Cómo es, pues, que ni en los credos y códigos clásicos, ni en los de los judíos, egipcios, indios, chinos, ni en ninguno de los pueblos que han vivido en estrecha asociación y han formado credos y códigos encontramos ningún precepto que hable de practicar las prudenciales limitaciones de Malthus, sino que, por lo contrario, la sabiduría de los siglos, las religiones del mundo, han inculcado siempre deberes cívicos y religiosos completamente opuestos a los que preceptúa la Economía política corriente, y que Annie Besant intenta popularizar en Inglaterra?

<sup>15</sup> Y debe recordarse que hubo sociedades en las cuales el Estado garantizaba empleo y subsistencia a cada uno de sus miembros. John Stuart Mill dice (lib. II, cap. XII, sec. 2.ª) que hacer esto sin regularizar los matrimonios y nacimientos sería producir una situación de general miseria y degradación. "Estas consecuencias —dice— han sido señaladas con tanta frecuencia y claridad por

autores de reputación, que no se puede excusar su ignorancia entre personas cultas." Sin embargo, en Esparta, en el Perú, en el Paraguay, así como en las comunidades productoras que, en casi todas partes, parecen haber constituido la primitiva organización agrícola, por lo visto han estado en la más completa ignorancia de esas consecuencias espantosas de una tendencia natural.

<sup>16</sup> Además de los notables hechos generales ya citados, hay otros, comúnmente conocidos, que parecen del todo incompatibles con tal predominante tendencia a multiplicarse. Si ésta es tan intensa como Malthus mismo supone, ¿cómo es que se extinguen tan frecuentemente familias en las cuales la necesidad es desconocida? ¿Cómo se explica entonces que, cuando tanta ventaja ofrecen los títulos y posesiones hereditarias, no sólo en cuanto al principio de aumento, sino a la preservación de la genealogía y a la demostración de la descendencia, en aristocracias como la de Inglaterra, tantas Paresías caduquen y la Cámara de los Lores sólo se mantenga de siglo en siglo por las nuevas creaciones?

<sup>17</sup> Para hallar el único ejemplo de una familia que ha sobrevivido un largo período de tiempo, aun con la subsistencia y el rango asegurados, nos vemos forzados a ir hasta la inmutable China. Los descendientes de Confucio existen todavía y disfrutan de privilegios y de consideraciones singulares, pues en realidad constituyen la única aristocracia hereditaria. En el supuesto de que la población tiende a duplicarse cada veinticinco años, a los dos mil ciento cincuenta transcurridos desde la muerte de Confucio, deberían ascender a 859,559.193,106.709,670.198,710.528 almas. En vez de un número tan poco imaginable, los descendientes de Confucio, dos mil ciento cincuenta años después de su muerte, en el reinado de Kang-hi, contaban 11.000 varones, es decir, 22.000 almas. Esto es una fuerte diferencia, más de admirar si se recuerda que la estimación en que es tenida esta familia, a causa de su predecesor, "el más santo de los antiguos maestros", ha evitado la operación del freno positivo, mientras las máximas de Confucio lo inculcaban todo menos el freno prudencial.

<sup>18</sup> Se dirá, no obstante, que aun este aumento es muy grande. Veintidós mil personas descendientes de un par único en dos mil ciento cincuenta años es mucho menos que la progresión de Malthus. Sin embargo, puede sugerir un posible desbordamiento.

<sup>19</sup> Pero reflexionemos. Aumento de descendientes no significa aumento de población. Esto sólo sucedería cuando la procreación se hiciera entre ellos. Smith y su mujer tuvieron un hijo y una hija, que se casaron respectivamente con la hija y el hijo de algún otro y cada uno tuvo dos hijos. Smith y su mujer tendrán, así, cuatro nietos; pero en una generación no habrá mayor número que en la otra —cada niño tendrá cuatro abuelos—. Y suponiendo que este procedimiento se siguiera, la línea de descendientes se extendería constantemente a centenares, miles y millones; pero, en cada generación de descendientes no habría más individuos que en cualquier previa generación de antecesores. El tejido de las generaciones es como los enrejados de alambre o los hilos diagonales de una tela. Empezando en un punto cualquiera de arriba, la vista sigue líneas que divergen grandemente hacia abajo; pero principiando en un punto cualquiera de abajo, las líneas divergen del mismo modo hacia arriba. Cuántos hijos tendrá un hombre es problemático. Pero que tiene dos padres es seguro, y que éstos, a su vez, tuvieron dos padres cada uno, es también seguro. Seguid esa progresión geométrica a través de unas pocas generaciones y ved si no conduce exactamente a tan “sorprendentes consecuencias” como las de Mr. Malthus poblando los sistemas solares.

<sup>20</sup> Pero después de estas consideraciones, pasemos a un estudio más concreto. Yo sostengo que los casos comúnmente citados como ejemplos de exceso de población no resisten a un examen. India, China e Irlanda presentan los casos más terminantes. En cada uno de estos países mucha gente ha perecido de hambre y clases numerosas están reducidas a una miseria abyecta o forzadas a emigrar. Pero ¿se debe esto realmente a un exceso de población?

21 Comparando la población total con el área total, India y China están lejos de ser los países más densamente poblados del mundo. Según los datos de los señores Behm y Wagner, la población de la India es sólo de 132 por milla cuadrada, y la de la China, de 119, mientras que Sajonia tiene una población de 442 por milla cuadrada; Bélgica, 441; Inglaterra, 422; Holanda, 291; Italia, 234, y el Japón, 233 (1). Hay, pues, en ambos países, grandes comarcas sin ocupar o incompletamente ocupadas; pero hasta en los distritos más densamente poblados no hay duda de que ambas pueden mantener una población mucho mayor en un grado de bienestar mucho más elevado. Porque, en ambos países, el trabajo se aplica a la producción del modo más rudo e ineficaz, y grandes recursos naturales se hallan completamente desdeñados. Esto no procede de innata deficiencia del pueblo, porque el indio, como lo ha demostrado la filología comparada, es de nuestra misma sangre, y China poseía un alto grado de civilización y los rudimentos de los más importantes inventos modernos, cuando nuestros antecesores eran salvajes errantes. Esto nace de la forma que la organización social ha tomado en ambos países, que ha encadenado el poder productivo y quita a la actividad su recompensa.

22 En la India, desde tiempo inmemorial, las clases trabajadoras han sido sumidas, mediante exacciones y opresiones, en un estado de impotente y desesperada degradación. Hace tiempo que el cultivador del suelo se considera feliz si, de su producto, la extorsión de una mano fuerte le deja lo bastante para sustentarse y sembrar; el capital no podía acumularse en ninguna parte con seguridad ni emplearse en cantidad algo importante, en auxiliar la producción; toda la riqueza que se podía arrancar al pueblo

---

(1) Tomo estas cifras del *Smithsonian Report*, de 1873, omitiendo los decimales. MM. Behm y Wagner calculan la población de China en 446.500.000, aunque algunos sostienen que no excede de 150.000.000. Calculan la población de la India Citerior en 206.225.580, lo cual da 132'29 por milla cuadrada; la de Ceilán, en 2.405.287, o 97'36 por milla cuadrada; la de India Ulterior, en 21.018.062, o 27'94 por milla cuadrada. Estiman la población del mundo en 1.377.000.000, un promedio de 26'64 por milla cuadrada.

estaba en poder de príncipes poco mejores que capitanes de bandidos acampados en el país, o en poder de sus arrendatarios o favoritos, disipándose en inútil o peor que inútil fastuosidad; mientras la religión, sumida en una superstición complicada y terrible, tiranizaba el espíritu, como la fuerza física los cuerpos de los hombres. Bajo estas condiciones, sólo podían adelantar las artes que proveían a la ostentación y al lujo de los grandes. En los elefantes del rajá resplandecía el oro de exquisita labor, y el quitasol que simbolizaba su poder regio, brillaba con gemas; pero el arado del labrador indio era únicamente un palo aguzado. Las damas del harén del rajá iban envueltas en muselinas tan sutiles que hasta tenían el nombre de "viento tejido"; pero las herramientas del artesano eran de la más pobre y grosera factura, y el comercio sólo podía practicarse clandestinamente.

23 ¿No es claro que esa tiranía e inseguridad han engendrado la escasez y el hambre de la India, y no, como decía Buckle, que la presión de la población contra la subsistencia haya producido la miseria y ésta la tiranía? (1). El reverendo William Tennant, un capellán al servicio de la Compañía de la India Oriental, decía escribiendo en 1796, dos años antes de publicarse el *Ensayo sobre la población*:

"Al reflexionar sobre la gran fertilidad del Indostán, pasma considerar la frecuencia del hambre. Es evidente que no es debida a la esterilidad del suelo ni al clima; el mal se debe buscar en alguna causa política, y no se requiere mucha penetración para descubrirla en la avaricia y extorsión de los distintos gobiernos. El gran estímulo del trabajo y la producción, que es la seguridad, no existe. De aquí que nadie recoja más grano que el estrictamente preciso para sí mismo, y la primera cosecha desgraciada produce el hambre. El Gobierno del Gran Mogol en ningún período ofreció segu-

---

(1) *Historia de la civilización*, vol. I, cap. II. En este capítulo, Buckle ha recogido un gran caudal de testimonios de la opresión y degradación del pueblo hindú desde los más remotos tiempos, condición que, cegado por la teoría maltusiana, que ha aceptado y convertido en piedra angular de su teoría sobre el desarrollo de la civilización, atribuye a la facilidad con que el alimento puede ser producido allí.

ridad completa al príncipe; menos aún a sus vasallos; y a los labriegos más escasa protección que a todos ellos. Era un tejido continuo de violencia e insurrección, traiciones y castigos, bajo las cuales ni el comercio ni las artes podían prosperar, ni la agricultura tomar la apariencia de un sistema. Su caída originó un estado más afflictivo todavía, puesto que la anarquía es peor que la mala administración. Las naciones europeas no tuvieron el mérito de derribar al Gobierno mahometano, aun siendo tan vil. Cayó bajo el peso de su propia corrupción, y ya había sido sustituido por la tiranía múltiple de jefezuelos cuyo derecho a gobernar consistía en su traición al Estado, y cuyas exacciones sobre los campesinos eran tan ilimitadas como su avaricia. Las rentas del Gobierno eran y son aún exigidas a los naturales dos veces al año por bandidos implacables, bajo la apariencia de un ejército, que destruyen desenfrenadamente o se llevan cualquier parte del producto que satisfaga su capricho o sacie su codicia, después de haber perseguido a los desdichados labradores desde la aldea hasta los bosques. Todo esfuerzo de los campesinos para defender su persona o su propiedad dentro de las tapias de sus aldeas sólo atrae la venganza más terrible sobre tan útiles como desdichados mortales. Entonces se les cerca y ataca con mosquetería y cañones de campaña, hasta que cesa la resistencia, y luego venden a los que sobreviven, y queman y arrasan sus viviendas. Por esto encontraréis frecuentemente a los aldeanos recogiendo los restos de lo que era ayer su habitación, si el miedo les permite volver; pero las más veces, las ruinas se ven humear, después de una segunda visita de esta clase, sin la presencia de un ser humano que interrumpa tan tremenda y silenciosa desolación. Esta descripción no se aplica sólo a los jefes mahometanos; es igualmente aplicable a los rajás en los distritos gobernados por indios" (1).

24 A esta rapacidad implacable, que produciría escasez y hambre donde la población no fuera más que de uno por milla cuadrada y la tierra un Jardín del Edén, sucedió, al comienzo de la era del Gobierno británico de la India, otra rapacidad tan implacable, sostenida por un poder mucho más irresistible. Dice Macaulay, en su ensayo sobre lord Clive :

"Se amasaban rápidamente en Calcuta enormes fortunas, mientras que millones de seres humanos eran reducidos a la extrema miseria. Estos se

---

(1) *India Recreations*, por el Rvdo. WM. TENNANT, vol. I, sec. XXXIX. Londres, 1804.

habían acostumbrado a vivir bajo la tiranía, pero nunca bajo una tiranía como ésta. Encontraban más pesado el dedo meñique de la Compañía que las ijadas de Suraja Dowla...

Parecía el gobierno de genios del mal más que el gobierno de hombres tiranos. Algunas veces se le sometían en paciente miseria. Otras huían del hombre blanco, como sus padres acostumbraban a huir del Maharatta, y el palanquín del viajero inglés pasaba a menudo a través de aldeas y villas silenciosas, que a la noticia de su aproximación habían quedado desiertas."

25 Sobre los horrores que Macaulay no hace sino indicar, la viva elocuencia de Burke arroja más luz; distritos enteros entregados a los más desenfrenados apetitos de lo peor de la especie humana, labriegos afligidos por la pobreza eran torturados diabólicamente para obligarles a entregar sus míseros ahorros escondidos, y comarcas un tiempo populosas quedaban convertidas en desiertos.

26 Mas la arbitraria licencia del régimen inglés primitivo ha sido refrenada hace tiempo. La mano fuerte de Inglaterra ha dado a toda aquella vasta población una paz más que romana; los justos principios de la ley inglesa se han aplicado por medio de un sistema estudiado de códigos y funcionarios de justicia, con el fin de extender los derechos de los anglosajones libres a los más humildes de estos pueblos abyectos; toda la península ha sido cruzada con ferrocarriles y se han construido grandes obras de riego. No obstante, con creciente frecuencia, una carestía sigue a la otra, cebándose con mayor intensidad sobre territorios cada vez más extensos.

27 ¿No es esto una demostración de la teoría de Malthus? ¿No prueba esto que, a pesar de haber aumentado las facilidades para la subsistencia, la población continúa haciendo presión sobre ella? ¿No muestra, según pretende Malthus, que cerrar las compuertas de salida al exceso de población es obligar a la Naturaleza a abrir otras nuevas, y que, a menos que se restrinjan las fuentes del humano aumento por regulaciones prudentes, la alternativa de la guerra es el hambre? Esta ha sido la explicación ortodoxa. Pero, como puede verse por los hechos esclarecidos en las recien-

tes discusiones sobre los asuntos de la India, mantenidas en los periódicos ingleses, la verdad es que esas hambres que han segado y están segando millones de seres no son debidas a la presión de la población sobre los límites naturales de la subsistencia más que lo fue la desolación del Carnático cuando la caballería de Haider Allí se arrojó sobre él como un torbellino destructor.

28

Los millones de la India han doblado su cerviz bajo el yugo de muchos conquistadores, pero el peor de todos es el firme y opresor peso de la dominación inglesa —un peso que está literalmente arrojando de la existencia a millones de seres, y que, como demuestran escritores ingleses, tiende inevitablemente a una más terrible y extensa catástrofe—. Otros conquistadores han vivido en esa tierra, y, aunque malos y tiránicos en su gobierno, han comprendido al pueblo y han sido comprendidos por él; pero la India, ahora, es como una gran propiedad poseída por un dueño ausente y extranjero. Se mantiene allí la más costosa organización militar y civil, dirigida y servida por ingleses, que miran la India sólo como un lugar de destierro temporal; y una suma enorme, calculada por lo menos en veinte millones de libras anuales (recaudada de una población cuyos trabajadores en muchos sitios se avienen a trabajar en los buenos tiempos por uno y medio a cuatro peniques diarios), es enviada a Inglaterra en forma de remesas, pensiones, cargas nacionales del Gobierno, etc. —un tributo sin compensación—. Las sumas inmensas dilapidadas en ferrocarriles han sido económicamente improductivas, como demuestran los ingresos; las obras de riego han sido, en su mayor parte, costosos fracasos. En extensas comarcas de la India, los ingleses, en su deseo de crear una clase de propietarios territoriales, entregan el suelo en propiedad absoluta a hereditarios recaudadores de impuestos, quienes estrujan sin piedad a los cultivadores. En otras partes, donde la renta todavía es cobrada por el Estado en forma de impuestos sobre la tierra, las estimaciones son tan altas y los impuestos son cobrados tan inflexiblemente, que arrojan a los campesinos, que apenas ganan para vivir lo más

escasamente posible en las buenas estaciones, en las garras de los usureros, más rapaces todavía, si fuera posible, que los zemindares. Sobre la sal, un artículo de primera necesidad en todas partes, y de especial necesidad donde la alimentación es casi exclusivamente vegetal, se establece un impuesto de casi el 1.200 por 100, de manera que sus varios usos industriales resultan prohibidos, y grandes masas del pueblo no pueden tener bastante para conservar su salud y la de su ganado. Por debajo de los ingleses hay una horda de funcionarios indígenas que oprimen y roban. El efecto de la legislación inglesa, con sus normas rígidas y sus procedimientos misteriosos para los indígenas, ha sido únicamente poner un poderoso instrumento de exacción en manos de los usureros indígenas, a quienes los aldeanos se ven obligados, a tomar prestado en las condiciones más excesivas para pagar los impuestos, y a quienes aquellos fácilmente inducen a suscribir obligaciones cuyo significado desconocen. "No nos cuidamos del pueblo de la India", escribe Florencia Nightingale, como exhalando un sollozo. "El más triste espectáculo que se puede ver en Oriente, y tal vez en el mundo, es el labriego de nuestro Imperio oriental." Y prosigue, para señalar las causas de las hambres horribles en las contribuciones que quitan al labrador los elementos de cultivo, y en la esclavitud efectiva a la cual están reducidos como "consecuencia de nuestras propias leyes", que producen "en la nación más fértil del mundo, una desnutrición agobiadora y crónica en muchos sitios donde no hay lo que se llama hambre" (1). "Las hambres que han devastado la India —dice

---

(1) Miss Nightingale («El Pueblo de la India», en *Nineteenth Century*, de agosto 1878) da ejemplos, que dice que representan millones de casos, del estado de servidumbre al que han sido reducidos los labradores de la India meridional por las facilidades que los Tribunales dan a los fraudes y opresiones de los prestamistas y de los funcionarios indígenas subalternos. «Nuestros Tribunales son considerados como instituciones para permitir al rico comerse al pobre, y muchos de éstos huyen para buscar en su territorio nativo un refugio contra su jurisdicción», dice Sir David Wedderburn en un artículo sobre «Los Príncipes Protegidos en la India», en un número

H. M. Hyndman— son en su mayor parte hambres financieras. Los hombres y mujeres no pueden comprar alimento porque no pueden ahorrar dinero para comprarlo. Sin embargo, se nos impulsa, así podemos decirlo, a gravar más a aquella gente” (1). Y explica cómo, de los mismos distritos que sufren hambre, se exportan alimentos en pago de los impuestos, y cómo la totalidad de la India está sujeta a una constante y agotadora extracción que, unida a los enormes gastos del Gobierno, está haciendo a la población cada vez más pobre. Las exportaciones de la India consisten casi exclusivamente en productos agrícolas. Según prueba Mr. Hyndman, nada se recibe en cambio, de una tercera parte al menos de esos productos, pues representan tributos —remesas hechas por ingleses desde la India, o gastos de la rama inglesa del Gobierno indio (2)—, y lo que en cambio del resto se recibe son principalmente provisiones para el Gobierno o artículos de comodidad y lujo, usados por los amos ingleses de la India. Prueba que los gastos del Gobierno han aumentado enormemente bajo el mando imperial; que la implacable tributación de una población tan miserablemente pobre que las masas no están alimentadas sino a medias, les está robando sus escasos medios de cultivo del suelo; que el número de bueyes (el animal de tiro de la India) decrece y los escasos instrumentos de cultivo caen en manos de los usureros, de quienes “nosotros, gente de negocios, estamos obligando a los cultivadores a tomar prestado al 12, 24, 60 por 100 (3), para construir y pagar el coste de vastas obras

---

anterior (julio) de la misma revista, en el que señala también un Estado indígena, donde la tributación es comparativamente ligera, como un ejemplo de la más próspera población de la India.

(1) Véanse artículos en la *Nineteenth Century*, de octubre 1878 y marzo 1879.

(2) El profesor Fawcett, en un reciente artículo sobre «Los empréstitos proyectados para la India», llama la atención sobre partidas como £ 1.200 para viático y pasaje de un miembro del Consejo del Gobernador General; £ 2.450 para viático y pasaje de los obispos de Calcuta y Bombay.

(3) Florencia Nightingale dice que el 100 por 100 es corriente, y aun así el labrador es robado de varias maneras que ella explica. Apenas es

públicas que nunca han producido más del 5 por 100. Mr. Hyndman dice: "Lo cierto es que la sociedad india, en su conjunto, ha sido empobrecida espantosamente bajo nuestro mando, y el proceso sigue ahora con una rapidez excesiva", afirmación que no puede ponerse en duda en vista de los hechos manifestados, no solamente por los escritores a que me refiero, sino por los mismos funcionarios de la India. Los mismos esfuerzos hechos por el Gobierno para mitigar el hambre, aumentando los impuestos establecidos, no hacen sino acrecentar y extender su verdadera causa. Se calcula que en el hambre reciente de la India meridional seis millones de individuos murieron de verdadera hambre, y la gran masa de los que sobrevivieron quedaron completamente desnudos, a pesar de lo cual las contribuciones no fueron disminuidas, y la de la sal, prohibitiva ya para la gran mayoría de esta gente reducida a la miseria, fue aumentada en un 40 por 100, del mismo modo que después de la terrible hambre de Bengala, en 1770, los ingresos se elevaron recargando los impuestos de los que sobrevivieron y cobrándolos con rigurosa energía.

En la India, ahora como en los tiempos pasados, sólo mirando de un modo superficial, se pueden atribuir la necesidad y el hambre a un exceso de población sobre la capacidad de la tierra para producir alimento. Si pudieran los cultivadores conservar su pequeño capital; si les fuese posible libertarse de la aniquiladora extorsión que, aun en años sin hambre, reduce a grandes masas a una vida no sólo inferior a la considerada precisa para un cipayo, sino a la que los sentimientos humanitarios ingleses dan a los presos de la cárcel; si se reanimara la actividad asumiendo más productivas formas, no hay duda de que bastaría para mantener una población mucho mayor. Hay todavía en la India grandes áreas sin cultivo, vastos recursos minerales intactos, y lo cierto es que la población de la India no ha alcanzado aún, como dentro

---

necesario decir que esos tipos, como los del usurero, no son interés en el sentido económico del vocablo.

de los tiempos históricos jamás alcanzó, el límite real del suelo para la producción de subsistencia, ni siquiera el punto en que esa facultad empieza a declinar por las crecientes extracciones que se le hacen. La causa positiva del hambre de la India ha sido y es todavía la rapacidad del hombre, no la ruindad de la Naturaleza.

50

Lo que es verdad en la India es verdad en China. Aunque muchas regiones de China están densamente pobladas, es cosa demostrada por los hechos que la extrema pobreza de la clase baja debe atribuirse a causas semejantes a las de la India y no a una población demasiado compacta. Reina allí la inseguridad, la producción se realiza con los mayores obstáculos, y el comercio está fuertemente encadenado. Donde el gobierno es una serie de opresiones y la seguridad del capital de todas clases tiene que ser comprada a un mandarín; donde el medio de transporte más general en el interior es a hombro; donde el junco debe construirse de tal modo que sea impropio para bote de mar; donde la piratería es un tráfico regular y los salteadores marchan a menudo en regimientos, la pobreza dominará y la pérdida de una cosecha producirá el hambre, por escasa que sea la población (1). Que China es capaz de mantener una población mucho mayor, no sólo se revela por la gran extensión de tierra sin cultivar, según atestiguan todos los viajeros, sino por los inmensos depósitos de minerales inexplorados que existen allí, según se sabe. Se dice, por ejemplo, que China contiene el mayor depósito del mejor carbón mineral que se haya descubierto en parte alguna. Cuánto aumentaría los medios de sostener una población mayor la explotación de estas capas de carbón, se comprende fácilmente. El carbón no es alimento, pero la producción de aquél equivale a la producción de éste. Porque el carbón no sólo puede cambiarse por alimento, como se hace en todos los distritos mineros,

---

(1) Las comarcas azotadas por la reciente hambre de China no fueron los distritos más densamente poblados.

sino que la fuerza engendrada por su combustión puede usarse en producir alimento o dejar trabajo libre para esto.

31

Ni en la India ni en la China, por consiguiente, cabe atribuir la pobreza y el hambre al exceso de población sobre la subsistencia. No es la población densa, sino las causas que impiden a la organización social su natural desarrollo, y al trabajo conseguir su plena recompensa, lo que mantiene a millares de personas en el estricto límite de la inanición, y que, con frecuencia, empuja a otros millones más allá de dicho límite. Si el labrador indio se considera dichoso obteniendo un puñado de arroz, si come ratas y cachorros el chino, no es por exceso de población, como no lo es que los indios "digger" vivan de saltamontes, o los habitantes aborígenes de Australia consuman los gusanos que encuentran en la madera podrida.

32

Trataré de hacerme comprender. No quiero decir únicamente que la India o China podrían mantener una población mayor en una civilización más altamente desarrollada, porque esto cualquier partidario de Malthus lo admitiría. La teoría de Malthus no niega que un adelanto en las artes productoras permita que una población más numerosa obtenga subsistencia. Pero la teoría de Malthus afirma —y esta es su esencia— que, sea cualquiera la capacidad productora, la tendencia natural de la población es alcanzarla, y en el esfuerzo para hacerse superior a ella, tiende a producir —sirviéndome de la frase de Malthus— el grado de vicio y miseria necesarios para impedir mayor desarrollo; de manera que, cuando el poder productivo aumente, la población crecerá en proporción, y pronto se hallará en las mismas condiciones anteriores. Lo que digo es esto: que en ninguna parte hay ejemplo alguno que confirme esta teoría; que en ninguna parte la penuria puede atribuirse propiamente a la presión de la población sobre el poder de procurarse subsistencia en el grado existente del saber humano; que en todas partes el vicio y la miseria atribuidos al exceso de población, pueden explicarse por la guerra, la tiranía y la opresión, que impiden utilizar los conocimientos útiles y

niegan la seguridad esencial a la producción. Más tarde veremos por qué razón el aumento natural de población no produce la escasez. Ahora sólo importa hacer constar que esto en ninguna parte ha ocurrido todavía. Esto es evidente respecto a la India y a la China. Será también claro dondequiera hallemos las causas de los resultados, que un examen superficial nos lleva con frecuencia a considerar debidos a un exceso de población.

33 Irlanda, entre todos los países europeos, suministra el ejemplo más corriente de una población excesiva. La extrema pobreza de los aldeanos y el bajo tipo de los salarios dominante allí, el hambre y la emigración irlandesa se mencionan siempre como la demostración más patente de la teoría de Malthus, a la vista del mundo civilizado. Dudo que pueda citarse un ejemplo más impresionante del poder con que una teoría previamente aceptada puede cegar a los hombres en cuanto a la verdadera relación recíproca de los hechos. La verdad es, y está a la vista, que Irlanda no ha tenido nunca todavía una población que no hayan podido mantener en holgado bienestar las facultades naturales del país, en el estado existente de las artes productivas. En el periodo de su mayor población (1840-45), Irlanda contenía algo más de ocho millones de habitantes. Pero la mayor parte de ellos se afanaban únicamente por vivir, habitando en miserables chozas, vestidos con sucios andrajos y sin más que patatas como base de alimentación. Cuando se presentó el añublo de la patata, morían a millares. Pero ¿era la incapacidad del suelo para sostener a tanta gente la que les obligaba a vivir de este modo miserable y les exponía al hambre por la pérdida de la cosecha de una sola clase de tubérculos? Por el contrario, era la misma rapacidad feroz que usurpaba al labrador indio los frutos de su trabajo y le dejaba morir de hambre donde la Naturaleza le ofrecía la abundancia. No recorría el país una cuadrilla cruel de cobradores de contribuciones, saqueando y torturando; pero el labrador era despojado de un modo igualmente efectivo por una horda de propietarios igualmente despiadados, entre los cuales el suelo se había

repartido como propiedad absoluta, prescindiendo de los derechos de quienes vivían en él.

34 Examinemos las condiciones de producción bajo las cuales vivían ocho millones de habitantes hasta que se presentó la citada plaga. Eran condiciones a las cuales pueden aplicarse exactamente las palabras de Mr. Tennant referentes a la India: "El gran estímulo del trabajo, la seguridad, faltaba." El cultivo, en su mayor parte, lo efectuaban arrendatarios sin contrato firme, quienes, aunque los arriendos exorbitantes que estaban obligados a pagar se lo hubiesen permitido, no se habrían atrevido a hacer mejoras que no habrían sido sino señal para un aumento de renta. El trabajo se aplicaba así del modo más ineficaz y despilfarrador, y se disipaba en trivialidades sin objeto, cuando, con alguna seguridad en sus frutos, habría sido bien aplicado constantemente. Pero aun bajo estas condiciones, Irlanda hacía realmente más que mantener ocho millones de personas. Porque, hasta cuando su población era más alta, Irlanda era un país exportador de comestibles. Y durante el hambre misma, granos, carne, manteca y queso eran acarreados para la exportación a lo largo de caminos plagados de mendigos hambrientos y junto a fosos donde los muertos estaban apilados. Para estas exportaciones de víveres, al menos para gran parte de ellas, no había retorno. En cuanto se refiere al pueblo de Irlanda, el alimento así exportado podía igualmente haberse quemado, echado al mar o no haberse producido nunca. No iba como un cambio, sino como un tributo para pagar la renta a los propietarios ausentes; un impuesto arrancado a los productores por quienes de ninguna manera contribuían a la producción.

15 Si hubiesen dejado este alimento a los que lo habían producido; si se hubiera permitido a los cultivadores del suelo retener y emplear el capital que su trabajo producía; si la seguridad hubiera estimulado a la actividad y permitido la adopción de métodos económicos, hubieran obtenido lo suficiente para sostener en abundante bienestar la mayor población que nunca ha tenido

Irlanda, y el añublo de la patata hubiera podido presentarse y desaparecer, sin limitar el alimento de ningún ser humano. Porque no fue “la imprudencia de los labriegos irlandeses” —como decían fríamente los economistas ingleses— lo que les indujo a hacer de la patata su alimento principal. Los emigrantes irlandeses, cuando pueden obtener otras cosas, no viven de patatas, y ciertamente, en Estados Unidos, la prudencia del carácter irlandés es notable por su esfuerzo en reservar algo para los días adversos. Vivían de patatas porque las rentas exorbitantes les despojaban de todo lo demás. La verdad es que la pobreza y miseria de Irlanda no han podido nunca atribuirse lealmente al exceso de población.

<sup>36</sup> McCulloch, escribiendo en 1838, dice en la nota IV a *Riqueza de las naciones*: “La asombrosa densidad de la población en Irlanda es la inmediata causa de la abyecta pobreza y deprimida condición de la gran masa del pueblo. No es excesivo afirmar que viven allí más del doble de las personas que Irlanda con sus actuales medios de producción puede ocupar plenamente o sostener en un moderado nivel de bienestar.”

<sup>37</sup> Como en 1841 la población de Irlanda se calculaba en 8.175.124 habitantes, podemos suponer que en 1838 era de ocho millones, poco más o menos. Por lo tanto, para cambiar la negación de McCulloch en una afirmación, Irlanda, de acuerdo con la teoría del exceso de población, habría sido capaz de mantener en un nivel de bienestar moderado a poco menos de cuatro millones de habitantes. Ahora bien, al principiar el siglo anterior, cuando el deán Swift escribió su *Proposición modesta*, la población de Irlanda era de unos dos millones. Como durante este intervalo, ni los medios ni las artes productivas habían adelantado perceptiblemente en Irlanda, si la abyecta pobreza y la condición abatida del pueblo irlandés en 1838 eran imputables al exceso de población, debía de haber —conforme a la propia afirmación de McCulloch— en Irlanda, en 1727, algo más que empleo para todos, y mucho más que un moderado nivel de bien-

estar para los dos millones de habitantes. Sin embargo, en lugar de ocurrir eso, la pobreza abyecta y la condición abatida del pueblo irlandés en 1727 eran tales que, con vehemente y cáustica ironía, el deán Swift propuso, para aliviar el exceso de población, fomentar el gusto de comer niños asados, y enviar anualmente al matadero, como bocado exquisito para los ricos, ¡100.000 niños irlandeses!

38 Para quien haya revisado lo que se ha escrito sobre la miseria irlandesa, como lo he hecho mientras escribía este capítulo, es difícil hablar en términos comedidos de la complaciente imputación de la escasez y sufrimiento en Irlanda al exceso de población, como lo hacen en sus obras hombres de tan elevada inteligencia como Mill y Buckle. Nada conozco mejor ideado para hacer hervir la sangre que los fríos informes de la tiranía pertinaz y agobiadora a que ha estado sometido el pueblo irlandés, y a la cual y no a ninguna incapacidad de la tierra para sostener su población, se deben atribuir el pauperismo y el hambre de Irlanda; y si no probara la historia del mundo que en todas partes la abyecta pobreza produce el abatimiento, sería difícil resistir a un sentimiento de desprecio por una raza que, atormentada por tales injusticias, sólo accidentalmente ha asesinado a algún propietario.

39 Que el exceso de población haya causado alguna vez el pauperismo y el hambre puede ser discutible; pero el pauperismo y el hambre de Irlanda no pueden atribuirse a esta causa, como no cabe imputar al exceso de población de Africa el comercio de esclavos, ni la destrucción de Jerusalén a la imposibilidad de armonizar la subsistencia con la reproducción. Aunque Irlanda hubiese sido por naturaleza un bosque de plátanos o de árboles del pan, y sus costas hubiesen estado cubiertas por los depósitos de guano de las islas Chinchas, y el sol de más bajas latitudes hubiese vivificado su suelo húmedo, aun así las condiciones sociales que en ella han prevalecido habrían engendrado la pobreza y el hambre. ¿Cómo podía evitarse el pauperismo y el hambre

en un país donde las rentas exorbitantes arrebatan al agricultor todo el producto de su trabajo, salvo lo preciso para mantenerle en las buenas épocas; donde los arriendos revocables impedían las mejoras y suprimían el incentivo para todo lo que no fueran los cultivos más desperdiciadores y míseros; donde el arrendatario no osaba acumular capital, aunque pudiera ganarlo, temiendo que el propietario se lo exigiese como renta; donde en realidad el labrador era un esclavo abyecto, y por el simple movimiento de cabeza de un hombre como él, podía ser expulsado en cualquier momento de su miserable choza de barro y quedar sin casa ni hogar, hambriento, vagabundo, con prohibición hasta de coger los frutos espontáneos de la tierra, o de cazar con lazo una liebre para satisfacer su hambre? Sea cual fuera la población, sean cuales fuesen los recursos naturales, ¿no son consecuencia forzosa el pauperismo y el hambre en una tierra en la cual los productores de riqueza están obligados a trabajar bajo condiciones que les quitan la esperanza, el respeto de sí mismos, la energía y las economías; donde propietarios ausentes arrebatan sin compensación una cuarta parte al menos del producto líquido del suelo, y cuando, por otro lado, el trabajo famélico debía sostener a propietarios ausentes, con sus caballos y sus jaurías, agentes, agiotistas, intermediarios, mayordomos, la Iglesia de un Estado extranjero para insultar sus creencias religiosas, y un ejército de agentes de policía y soldados para enfrenar y perseguir cualquier oposición al inicuo sistema? ¿No es una impiedad mucho peor que el ateísmo, imputar a leyes naturales una miseria producida de este modo?

40 Lo que es verdad en estos tres casos se encontrará, examinándolo, que es verdad en todos. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento de los hechos, podemos, con seguridad, negar que el aumento de población haya hecho nunca presión contra la subsistencia de modo que originase el vicio y la miseria; que el aumento del número haya disminuido nunca la producción relativa de alimentos. El hambre en la India, China e Irlanda no se puede

achacar al exceso de población mejor que el hambre del Brasil, tan débilmente poblado. El vicio y las miserias procedentes de la escasez no se pueden atribuir a la mezquindad de la Naturaleza mas de lo que podría achacarse a ésta la muerte de los seis millones de hombres a quienes la espada de Genghis-Khan quitó la vida, las pirámides de cráneos de Tamerlán, o el exterminio de los antiguos bretones o de los habitantes aborígenes de las Indias Occidentales.